



“Historia de California”

p. 122-137

Lecciones de California

Alfonso Teja Zabre

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Historia

1962

170 p.

(Publicaciones del Instituto de Historia, Primera Serie 63)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 18 de noviembre de 2022

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/071/lecciones_california.html

D. R. © 2022, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



HISTORIA DE CALIFORNIA

(Por Bancroft)

Aunque el nombre de Lasuén es el segundo en orden cronológico en la lista de los preladados franciscanos y no tuvo un hermano fraile o amigo que contara su vida y virtudes, no puedo dejar de considerarlo como el primero en California, como hombre y como misionero. En él se unían las cualidades ideales de un padre, sin huella de hipocresía o fanatismo. En su persona era pequeño y macizo, de vivaz expresión y trato agradable sin perder su dignidad. Era un anciano franco y de buen corazón que se ganaba la amistad de todos los que lo trataban. Distinguidos visitantes de sangre francesa o inglesa, lo mismo que españoles apreciaban la dulzura y la tranquila fuerza de su carácter. Aunque sus opiniones eran firmes y claras, en sus relaciones con el gobierno, con otros eclesiásticos y con sus franciscanos fueron siempre armoniosas, hasta en circunstancias difíciles. Su administración de las misiones durante diez y ocho años ofrece pruebas abundantes de su celo incansable y de su habilidad en los negocios. . . Hay también pruebas numerosas de su ferviente piedad, pero su devoción y su humildad eran de forma agradable, discreta y juiciosa. Superó los obstáculos que encontró en su camino, pero no los creo a propósito para superarlos. No había en él nada de ascetismo, beatería o fanatismo. No era un hombre que caminara por la vida con una pierna llagada si podía curarse, ni sabemos nada de sus ayunos o sus enfermedades. . . Recordemos las cualidades de Junípero Serra y otros como él, comprendamos sus debilidades, pero demos el primer lugar a Fermín de Lasuén como un sacerdote que se levantó sobre todos los hombres de su época y se adelantó muchos años a su tiempo.

1802. Algunos asuntos importantes ocuparon este año la atención de los padres; y uno de ellos fue la proposición procedente de México de cambiar el sistema de las misiones, adoptando el plan apoyado por Neve



para las fundaciones del Canal, es decir, dejar a los nativos después de su conversión en las rancherías, donde recibirían ocasionalmente visitas de los frailes para su instrucción y para el cumplimiento de sus obligaciones espirituales. El guardián de la orden se opuso naturalmente a este cambio y pidió a Lasuén una nueva declaración de los argumentos en contra del plan. En respuesta, el padre presidente, además de insistir en el hecho de que los indios solamente podían ser inducidos a cambiar sus costumbres por una vigilancia constante de los misioneros, recordó los trágicos resultados de un experimento anterior en el Río Colorado y se refirió al relativo fracaso en Baja California y San Diego, donde la pobreza de las tierras hizo necesario aceptar un método semejante al propuesto. En consecuencia, la innovación sería dañosa en todos sentidos y el virrey decidió que no debería intentarse. (Lasuén, *Informe sobre inconvenientes de dejar a los indios en sus rancherías después de bautizados*. Este informe tiene fecha de junio 16 de 1802 y la resolución del virrey es de febrero 2 de 1803).

Los títulos de Lasuén eran: religioso franciscano observante, presidente predicador general apostólico de Propaganda Fide, vicario foráneo del ilustrísimo obispo de Sonora, comisario de la Inquisición de México, presidente de las misiones de la Alta California, incorporado en el Apostólico Colegio de San Fernando.

Un examen retrospectivo revela que no se podía establecer un sistema de civilización con relativa rapidez en aquella comarca poblada con indios en etapas inferiores de salvajismo. La cadena de misiones cubría solamente la zona costera. Se calcula en 135,000 nativos aproximadamente la población de la Alta California en la época de la fundación de las misiones; de ellos 70,000 habitaban en la zona costera, y el mayor número que llegó a estar bajo la influencia de las misiones fue de 21,066 por el año de 1824.

En el período inicial de las fundaciones, los misioneros atraían a los indios con regalos y buenas palabras, y ofrecían dobles raciones para obtener la buena voluntad de los neófitos y sujetarlos a las ceremonias de la conversión por medio del bautismo. Además defendían a los indios contra los excesos de los “cuerudos” o soldados vestidos de cuero. Las primeras pruebas de gratitud consistían en el trabajo para edificar las misiones. Aunque no estaban acostumbrados a duras tareas, encontraron al principio divertida la ocupación de cortar árboles, mover piedras y cortar tulares, con el atractivo de usar instrumentos tan sorprendentes como hachas, machetes y azadones. Solamente después de haber levantado la ruda



capilla, las barracas y los cobertizos rodeados por una estacada, comenzaban los nativos a darse cuenta de que habían construido su propia prisión mitigada por la benevolencia de los padres.

John A. Berges.—*Las Misiones Franciscanas de California.*

Las misiones franciscanas de California son reliquias visibles de una de las más notables empresas que registra la historia. Seguramente ningún episodio de la conquista de lo que son ahora los Estados Unidos, por el hombre blanco es más maravilloso. En contraste con el procedimiento de exterminación deliberada que se realizó en la costa oriental, los conquistadores españoles de California se esforzaron valientemente por elevar a los indios nativos hasta el nivel de la civilización europea. El instrumento empleado en esta ambiciosa empresa fue el notable sistema de las misiones desarrollado por los jesuitas y adoptado por los franciscanos.

Aunque la empresa duró solamente sesenta y cinco años, el período de las misiones dio a California un ambiente histórico no sobrepasado por un interés y su atractivo romántico por ninguna otra región del país.

Es curioso que a pesar de los antecedentes españoles en el descubrimiento y la colonización de California se recuerden tan poco a los militares y a las autoridades civiles. (Y menos aún a los elementos civiles que individualmente contribuyeron a la empresa.)

La prominencia de los franciscanos españoles en las tradiciones de California se funda seguramente en los abundantes documentos que dejaron como registro de sus labores y en las ruinas de las misiones que permanecen como evidentes y tangibles memorias del fecundo período español.

En la conquista y colonización de México los españoles emplearon tres elementos sociales: el militar, el religioso y el civil. Aunque en pequeño número, el servicio de las tropas era primario y esencial. El establecimiento de los presidios para dominar a los indígenas era el primer paso después de la conquista. Desde el punto de vista económico y social era de mayor importancia el elemento religioso. Los misioneros franciscanos, dominicos y jesuitas fueron agentes directos de la Corona. Sin el consentimiento de las autoridades reales no se podía fundar ninguna misión ni los misioneros podían entrar a los territorios descubiertos y conquistados. En algunos casos la Iglesia era obligada a emprender la tarea misional en contra de su voluntad, pero casi siempre el ardor de los misioneros superó las intenciones de la Corona. Después de la ocupación militar

se establecía la misión para ayudar a las tropas en la tarea de mantener el orden y la seguridad en los dominios del rey. La combinación militar y religiosa tenía ventajas económicas, porque el sostenimiento de los frailes era mucho más barato que el de los soldados. Además, la misión se convertía pronto en unidad económica que no solamente lograba su propia subsistencia, sino que proporcionaba granos y cueros para uso de la tropa.

El procedimiento usual consistía en construir el edificio de la misión, bajo la dirección de los padres y con el trabajo de los soldados y los nativos pacíficos. Los indios eran llevados a una rancharía o caserío junto a la misión, atraídos al principio por regalos, alimentos, vestidos, tabaco y baratijas que incitaban la fantasía infantil de los nativos. Aunque la conversión al cristianismo era voluntaria, cuando el indio entraba en la misión ya no tenía escape legal.

Generalmente dos padres permanecían en la misión, y eran como reyes dentro de su pequeño dominio, en lo espiritual, lo político y lo económico. En teoría, la misión con sus tierras, cultivos y ganados pertenecía a los indios, bajo la vigilancia de los misioneros, cuya devoción para los neófitos y cuyo celo religioso fueron indudables, casi sin excepción y si esclavizaban el cuerpo de sus protegidos, lo hacían para salvar su alma. Los neófitos recibían la enseñanza del catecismo y las formas externas de las ceremonias religiosas, que eran muy frecuentes. La asistencia a dos misas diarias era obligatoria.

El trabajo era también obligatorio y se hacía bajo la dirección de los padres. Los hombres generalmente se dedicaban a la tarea manual en la construcción de los edificios de la misión y los trabajos agrícolas. Las mujeres y los niños aprendían a hilar y tejer. Cuando un establecimiento prosperaba servía de ayuda para otras misiones atrasadas o nuevas. El trabajo de los indios se hizo en los últimos tiempos por el sistema de salario, contratando trabajadores que no pertenecían a la misión.

La disciplina era estricta. Los indios no estaban acostumbrados a trabajos fijos ni a la sumisión. Los desobedientes, hombres o mujeres, eran azotados por los soldados o encerrados y maniatados, según la gravedad de la falta. Frecuentemente algunos inconformes se escapaban y eran perseguidos por los soldados para obligarlos a regresar a su misión. Antes de hacer uso de la fuerza, los padres procuraban persuadirlos con amonestaciones.

Dentro del recinto de la misión los que formaban familia vivían con sus allegados, y los no casados eran separados por sexos. Todos eran encerrados durante la noche.



En conjunto, las misiones españolas fueron uno de los más interesantes ejemplos de despotismo benévolo en la historia.

Después de los militares y los religiosos venían los colonos civiles, generalmente mineros. Los artesanos, agricultores o pastores se encontraban en una situación desventajosa, porque no podían competir con las misiones que habían dispuesto de las mejores tierras y tenían a sus órdenes la mano de obra indígena. Por ello se explican las rivalidades y disputas entre los misioneros y los colonos más o menos libres.

El aislamiento de California, por falta de conocimiento y medios de comunicación hizo que la presencia de otros colonizadores europeos se retrasara muchos años.

La cadena de veintiuna misiones tendida desde San Diego hacia el Norte, es conocida como el “Rosario de fray Junípero Serra” en honor del más amado de los misioneros, y el sentimiento que inspira esa designación no es criticable, pero la exactitud histórica requiere una explicación sobre más amplia base para interpretar la empresa de la fundación y colonización de California.

Después de dos siglos de fracasos para establecer colonias en California, el honor del éxito corresponde en primer lugar a los jesuitas. La colonización de las dos Californias (Baja y Alta), era realmente un solo problema, porque la provincia del sur se necesitaba primero como base para las expediciones hacia el norte. Los fracasos de las expediciones puramente militares hicieron que se pensara en encomendar la tarea a los jesuitas. Al principio, la Orden no aceptó, alegando que la tierra era muy pobre y los nativos muy escasos. Pero el padre jesuita Francisco Kino se entusiasmó con la idea de la evangelización de aquellos territorios tan difíciles de penetrar y encontró un colaborador resuelto en su compañero Juan María Salvatierra. Los dos juntos se ofrecieron para intentar la empresa. El proyecto entero fue puesto bajo la dirección de los jesuitas incluyendo el reclutamiento y el mando de tropas. Las únicas condiciones impuestas por la Corona fueron que todos los gastos fueran hechos por la Orden religiosa y la Conquista en nombre del rey, como se había ya hecho con éxito en el Paraguay.

En octubre 10 de 1679 el padre Salvatierra, solamente con seis hombres atravesó el golfo y estableció la primera fundación europea en las Californias, en Loreto. Con ayuda de los indios nativos construyó un fuerte y montó un pequeño cañón giratorio. A pesar de algunos ataques realizados por indígenas hostiles, el fuerte se sostuvo hasta que llegaron refuerzos: dos padres, siete soldados, cinco marinos y cuatro indios cris-



tianos. El más grande de los padres jesuitas fue Salvatierra, que presidió las misiones durante veinte años, hasta su muerte en 1717. Fue su digno sucesor el padre Juan de Ugarte.

Los jesuitas edificaron dentro de su dominio una organización poderosa. Durante setenta años realizaron una tarea admirable. Exploraron toda la península a lo largo de las costas trazando los mapas de la región; crearon el Fondo Piadoso; construyeron 14 misiones y formularon el sistema que nunca después fue superado en los nuevos establecimientos; instruyeron a los indios en materias religiosas y les enseñaron variados oficios; tomaron notas científicas y geográficas y redactaron informes de valor etnográfico; abrieron una red de caminos y cultivaron y regaron grandes extensiones de tierra árida.

El Fondo Piadoso fue de vital importancia para el éxito de las misiones en California, fundado por Salvatierra y Ugarte en 1679, y formado por medio de limosnas o donativos. Al principio los donantes conservaban la posesión de los bienes donados, y pagaban solamente un interés anual que era manejado por administración de la Orden jesuita en México. Desde 1716, para evitar dificultades, como la quiebra o insolvencia del donante, la contribución se entregaba directamente a la Orden para inversión inmediata, generalmente en ranchos o haciendas. La donación mayor fue hecha por el marqués de Villapiente, que se desprendió de una buena cantidad de dinero y grandes extensiones de tierras con edificios y ganados en la provincia de Tamaulipas. Doña Josefa de Paula Argüelles dio 200,000 pesos y doña María de Borja, duquesa de Gandía 62,000. El Fondo llegó a disponer de millón y medio de pesos con un rédito anual de 5 por ciento.

Cuando los jesuitas fueron expulsados de California, en 1767, el Fondo Piadoso fue administrado por el gobierno como organización financiera separada y con el propósito de cumplir con la voluntad de los donantes. Con dinero del Fondo se llevaron a cabo las expediciones de la Alta California en 1769 y 1775-76.

Los trastornos en la Nueva España, la guerra de Independencia y las dificultades económicas y políticas que sufrió la República Mexicana tuvieron consecuencias desfavorables para el Fondo Piadoso, pero puede afirmarse que solamente por este auxilio se hizo posible la colonización de California, cuando el poder y los recursos de España se estaban extinguiendo.

Los franciscanos aceptaron de mala gana la tarea de establecer misiones en la Alta California, aunque se dijo que la rivalidad con los jesuitas



había contribuido a la expulsión de éstos. En la transición, las misiones de Baja California fueron administradas por comisionados militares, y los franciscanos encontraron los establecimientos empobrecidos y los nativos en tristes condiciones. Los soldados se interesaban principalmente por descubrir los tesoros que se suponían acumulados y escondidos por los jesuitas. Como reacción contra el sistema implantado por los jesuitas, los nuevos misioneros solamente tenían autoridad espiritual y manejo de los bienes de la iglesia, y disponían de pocos alimentos y vestidos para atraer a los indígenas. Según Palou, cuando los franciscanos llegaron a la península se contaban 7,149 neófitos indios.

La Alta California tuvo un gobierno doble: el gobernador y comandante militar y el padre presidente de las misiones, que eran independientes entre sí aunque ambos recibían instrucciones del virrey de la Nueva España. La incertidumbre en la división de poderes fue origen de disputas y querellas, especialmente por lo que se refiere a los soldados encargados de la protección de las misiones, y la solución de los conflictos se demoraba excesivamente por la necesidad de informar al virrey y esperar su decisión. A veces llegaban los frailes para realizar una nueva fundación con todo el equipo necesario, pero no encontraban soldados para proteger el establecimiento. En cuestiones de orden público y seguridad, el gobernador tenía una posición dominante, pero en cuestiones espirituales y económicas los misioneros disfrutaban de plena autoridad.

Bajo la autoridad de Lasuén, las misiones llegaron a ser las organizaciones más ricas de la comarca. Como fueron los primeros en llegar, los padres escogieron las mejores tierras. Con mano de obra abundante y barata pudieron construir sus sistemas de riego. En principio, las misiones debían producir lo necesario para su propio sostenimiento, comenzando por la alimentación de los neófitos, los guardias y los padres; pero con campos fértiles, agua y buen clima, las cosechas llegaron a producir sobrantes para el comercio, y después fue posible fabricar y vender pieles curtidas, zapatos, telas, jabón, objetos de cerámica, harina y granos. Aunque estaba oficialmente prohibido el comercio con barcos extranjeros, tanto por la iglesia como por el Estado, el tráfico era frecuente para cambiar los productos locales por los artículos de lujo o mercancías importadas, tales como licores finos, seda, terciopelo, encajes, armas. En resumen, los padres eran agricultores, ganaderos, fabricantes y comerciantes, además de predicadores. Y también, en contra de las reglas oficiales, daban alojamiento a los viajeros, porque en aquella comarca de extrema frontera no existían hoteles ni posadas.



En septiembre de 1785 fue designado el padre Fermín Francisco de Lasuén como sucesor de fray Junipero Serra, y aunque tiene menos fama que su ilustre antecesor, tuvo en realidad cualidades extraordinarias. Solamente le faltó para disfrutar de un renombre como el de Serra el de tener a un biógrafo como Palou.

Fundó nueve misiones, y sus servicios fueron de enorme importancia para el desarrollo económico de la provincia. Los artesanos de la Nueva España llegaron en mayor número y de todos los ramos para establecer nuevas industrias y enseñar a los indios oficios útiles.

Durante la administración de Lasuén llegó a su máximo de prosperidad el sistema de las misiones. Este fue un período que se recuerda como la era romántica y feliz de California. Los colonos que aprovecharon la ruta abierta por Anza llegaron para establecerse alrededor de las misiones y presidios.

Monterrey era la capital religiosa, civil y militar, y el centro de la vida social. Por las calles se veía a los soldados del presidio, los frailes con sus hábitos grises, los marineros, los balleneros, los soldados de fortuna, los pescadores de perlas, los piratas o aventureros de todas partes del mundo. Los caballos de los criaderos de la misión de San Antonio eran famosos y abundaban los jinetes vestidos a la usanza española.

Pero los años de abundancia fueron muy pocos. La revolución de Independencia en 1810 privó a la provincia de los recursos que le llegaban del puerto de San Blas. Los colonos tenían que conformarse con la producción local. Y en coincidencia, aumentaron los brotes de rebelión de los indios, y las consiguientes expediciones punitivas.

Los trastornos provocados por la revolución de Independencia no terminaron cuando al fin se estableció formalmente la República Mexicana, y puede decirse que para California fue una era de intranquilidad revolucionaria hasta 1848. La inmigración creciente de los norteamericanos comenzó a producir un cambio crítico. La influencia de estabilidad y orden se desintegró rápidamente porque el sistema de vida de las misiones no podía competir con las fuerzas ávidas y ambiciosas que se desbordaban sobre el territorio. Impulsados por la falta de autoridad suficiente entre los colonos y los nuevos inmigrantes, los indios de las misiones concurren al desorden general, y dieron rienda suelta al viejo rencor provocado por la opresión y los abusos de los soldados.

Para el gobierno español, la misión católica era francamente un coadyuvante muy eficaz en la empresa de la conquista, y la cristianización un factor de estabilidad que servía para extender los dominios de la Corona.



La intención oficial no era fundar misiones en beneficio de los nativos. En cuanto a los padres, aun cuando casi sin excepción se consagraban a la tarea de salvar almas, comprendían que sus fundaciones no podían ser permanentes, ya que era imposible transformar a los salvajes de California en cristianos que pudieran bastarse a ellos mismos, en un tiempo relativamente corto. Por eso mismo trataban de aplazar indefinidamente el propósito de transformar las misiones en pueblos de organización civil. Las autoridades lejanas —en España y en México—, dictaban órdenes para la inmediata secularización. La diferencia de opiniones fue un motivo constante de disputas entre la iglesia y el Estado. Mientras los esfuerzos de los padres tenían creciente éxito, su poder aumentaba en consecuencia. Al aumentar las tierras, las cosechas, los ganados y los talleres, las iglesias y los huertos de las misiones, los elementos militares se sentían cada vez más desconfiados y envidiosos. (Tal vez éste sea, cuando menos en parte, el origen de la expulsión de los jesuitas.) Desde 1787 se formularon proyectos para el reparto de las tierras, aun cuando las mismas autoridades reconocían que los indios no estaban preparados para la autonomía. El gobernador Borica declaró: “Los nativos de California, según la velocidad con que progresan, no podrán alcanzar la meta en diez siglos.”

El primer intento serio en contra del sistema de misiones fue el decreto de las Cortes españolas en 1813, que disponía la inmediata secularización de las misiones que tuvieran más de diez años de fundadas, pero se permitió a los padres continuar en sus puestos porque no había sacerdotes para sustituirlos. Pero el propósito de repartir las propiedades de las misiones prevaleció con tanta fuerza, que la nueva República dictó medidas que produjeron su derrumbamiento. El decreto inicial permitía a los indios que eran casados salir de la misión, cuando además tenían más de quince años de cristianización y demostraban poder sostenerse con su propio trabajo. Excitados por las promesas de libertad muchos aprovecharon el privilegio. Otros no quisieron cambiar su tranquila seguridad por la azarosa convivencia con los blancos, que pululaban como buitres alrededor de las misiones. Otros mantuvieron su lealtad y adhesión a los padres. Aunque el sentimiento de la provincia aconsejaba la gradual emancipación, los políticos mexicanos apoyaban la rápida división de las propiedades misionales entre los nuevos colonos.



Misión San Luis Rey de Francia

Al contrario de la mayoría de los franciscanos, el padre Peyri (Antonio) fue ardiente partidario de la revolución mexicana en contra de España. Cuando el gobierno español expiró definitivamente en 1822, puso con fiabilidad todo el peso de su gran influencia en favor de las autoridades mexicanas. Cuando prestó el juramento de fidelidad a la República, en 1826, su misión estaba en el más alto punto de prosperidad, con 2,869 neófitos y 50,000 cabezas de ganado.

Los sucesos posteriores a la llegada del gobernador Echeandía convencieron al padre Peyri de que su confianza en los beneficios de la independencia había sido por desgracia infundada. El gobernador impuso contribuciones y alentó a los indios para que se escaparan. Solamente con los rumores de secularización, los nativos comenzaban a creer que podían esperar una vida de libertad, sin trabajo y con subsistencia permanente gracias a los almacenes de las misiones. El padre Peyri decidió abandonar su misión, y así lo hizo después de treinta años de trabajo.

Su partida aceleró la ruina de la misión que fue entregada por inventario a los administradores Pío Pico y Pablo de la Portilla. Pico, con sus parientes y amigos fue uno de los más hábiles despojadores de tierras y de ganado.

Berger.—Misión de San Juan Capistrano

Los padres proyectaron la construcción de una gran iglesia con seis cúpulas. Como sucede con frecuencia en las edificaciones de este género, la realización de los planes no fue exacta, y se advirtieron en los errores de cálculos de los trabajadores indios. Para una empresa tan ambiciosa se necesitaba una mano de obra abundante. Según la leyenda, los neófitos pidieron con gran interés participar en las tareas. A los hombres correspondía arrancar las grandes piedras de las canteras y llevarlas hasta el lugar de la edificación arrastradas por bueyes. Las mujeres estaban desconsoladas por no contribuir a la santa obra, pero descubrieron que también se necesitaban arena y grava, y tanto las mismas mujeres como los niños formaron grupos que iban y venían por las dos leguas que separaban las canteras de la iglesia, llevando sus cargas alegremente, charlando



y cantando. Para aumentar la solidez y la belleza arquitectural del edificio, los padres obtuvieron los servicios de Isidoro Aguilar, maestro albañil de Culiacán (Sinaloa). Y la dirección de este artesano hizo posible que se esculpieran los hermosos detalles del interior, que todavía pueden verse en las ruinas del santuario. Cuando Aguilar murió, en 1803, los padres continuaron la obra de acuerdo con los proyectos trazados por él.

Durante nueve años la comunidad estuvo dedicada a la construcción de la iglesia y los anexos. Como los gastos solamente podían hacerse gracias a la prosperidad económica de la misión, fue llevado de Monterrey un artesano, Mariano Mendoza, para que enseñara su oficio a los nativos. Y muy pronto los telares comenzaron a producir frazadas corrientes, tapetes y telas para las necesidades de la misma misión y para comerciar con los barcos extranjeros.

En 1812 un terremoto causó graves daños a San Juan Capistrano, y su decadencia durante el tumultuoso período de gobierno mexicano se aceleró por el decreto de emancipación en 1826, completado por la liberación de los indios en 1833, cuando el gobernador Figueroa creó un pueblo y distribuyó las propiedades de la misión. Como en todas partes, la mayor parte de las tierras y los ganados cayeron en poder los ávidos hombres blancos que no habían hecho nada en la creación de aquella riqueza.

Misión de San Gabriel Arcángel

Gran parte del éxito de esta misión debe atribuirse al padre Zalvidea, que la tuvo a su cargo durante veinte años desde 1806. Era alto y fuerte; impuso una disciplina rigurosa y fue uno de los más eficientes trabajadores en toda la provincia. Aunque era justo y tenía cariño por sus neófitos, exigía estricta obediencia y trabajo duro. El cumplimiento de sus órdenes se realizaba bajo la vigilancia de sus ayudantes, que usaban sus látigos de cuero liberalmente sobre hombres y mujeres. A pesar de su severidad, se ganó el respeto y la devoción de sus gentes, porque él mismo se sujetaba a penas, trabajos y disciplinas mayores. Aprendió el dialecto indígena y lo usaba para predicar. Su austeridad personal llegaba hasta la locura y en sus penitencias llegó a cubrir de sangre su propio cuerpo. Hombres como éste, de tan singular celo lograron mantener unida a California, hasta que los norteamericanos llegaron a levantar la cosecha.

Desde 1830 la misión sufrió las consecuencias de los trastornos civiles, por las disputas entre Pio Pico y Echeandía y finalmente, en 1834 Figue-



roa intentó la imposible tarea de secularizar las misiones en forma satisfactoria. El comisionado Gutiérrez recibió por inventario los bienes de la misión de San Gabriel con 16,000 cabezas de ganado y seis años después no llegaban a cien.

Después de quince años de trabajos fue inaugurada la gran iglesia de piedra, en 1809. De México fueron llevadas catorce pinturas en tela para las Estaciones de la Cruz. El techo y los muros se cubrieron con decoraciones hechas por los neófitos.

Como dato curioso, se anota que en San Buenaventura se usaban dos campanas de madera, con planchas de metal en el interior que debían sonar con un badajo de madera. Habían sido hechas en México y servían para llamar a los fieles durante los oficios de Semana Santa, cuando no repicaban las campanas de metal.

Misión de Santa Bárbara

El padre Ripoll decoró el edificio con motivos de la antigua compilación romana sobre temas de arquitectura, Vitruvio. La traducción española de esta famosa obra clásica, publicada en México, y que fue usada por el padre, se conserva todavía en los archivos de la misión. Bajo la dirección del mismo Ripoll, todos los macizos muros, delicadas molduras y las intrincadas decoraciones fueron producto del trabajo de los indios.

Misión de Santa Inés

Al padre Ordaz se debe que el interior de la iglesia fuera decorado con pinturas murales indias, que aun se conservan intactas en el santuario y en la sacristía.

San Fernando llegó a ser una colonia próspera de manufacturas primitivas, que producía cueros, jabón, sebo, telas y hasta zapatos. El presidio de Santa Bárbara se convirtió en deudor de la misión por más de \$ 20,000 pesos. Bajo el régimen mexicano los padres se quejaban continuamente por sus dificultades económicas para mantener a sus neófitos porque los militares pagaban con giros incobrables. Pero los trastornos más graves surgían por los esfuerzos de los nuevos colonos para apoderarse de las tierras de la misión. Los rancheros influyentes usaban toda clase de estratagemas para adquirir los frutos del trabajo de los indios, y los padres



tenían que luchar “como tigres” para defender los bienes de sus indefensos neófitos.

A pesar de la decadencia general de las misiones, después de 1825, el padre Ibarra logró sostenerse con éxito en San Fernando, pues aunque se rehusó, como la mayoría de los franciscanos a prestar juramento de fidelidad a la joven república, tuvo permiso para quedarse en su puesto porque no había otro sacerdote disponible para sustituirlo. Pero la inevitable secularización llegó en 1834 con resultados semejantes a los registrados para las demás misiones.

Misión de San Buenaventura

En mayo de 1782 salió de San Gabriel el grupo de fundadores en dirección hacia el Canadá. El padre Serra vio con alegría la tropa de setenta soldados con sus familias, procedentes de Sonora, a las órdenes del subteniente Ortega, con los arrieros, lo sirvientes y algunos neófitos que debían ayudar en la construcción.

En San Gabriel se encuentra aún una de las más grandes colecciones de pinturas de aquella época, y se conservan en el museo formado donde estuvieron las habitaciones de los padres. Una historia de la aparición de la virgen se halla en cuatro cuadros separados ovals pintados sobre madera y unidos por tiras de madera en la parte de atrás. Es una obra mexicana, que tiene cuatro siglos de edad; la madera está bien conservada y los colores todavía parecen brillantes.

El altar de la iglesia conserva todavía su estilo original, indudablemente de procedencia mexicana.

Misión de San Fernando Rey de España

En 9 de marzo de 1842, el mayordomo de la misión, Francisco López salió, según se cuenta, a coger algunas legumbres en su huerta, como regalo especial para festejar el aniversario de su nacimiento. Al arrancar una mata de cebollas, advirtió en las raíces unas partículas amarillas que resultaron ser de oro puro. Cavando más hondo, encontró todavía más, y olvidando su cumpleaños corrió a informar de su fortuna a sus amigos. El placer del Cañón de Santa Feliciano se convirtió en un foco de atracción para los buscadores de tesoros procedentes de Los Ángeles, Santa



Bárbara y hasta de Sonora. Durante cuatro años hubo en esa región una febril actividad. A pesar de la escasez de agua un hombre podía recoger oro por valor de dos dólares diarios. Un español con tres ayudantes indios juntó 600 dólares en dos meses. Aunque la importancia de este primer campo aurífero no se compara con los posteriormente descubiertos, sirvió de antecedente para la explotación en grande en la zona norte de California, que por varios siglos buscaron en vano los españoles, y que al fin cayó en las manos de los angloamericanos.

Misión de la Purísima Concepción

La construcción en aquellos días era principalmente un problema de trabajo manual... Como requisitos para fundar una misión los padres necesitaban agua, madera y muchos infieles, sobre todo lo último. Aunque la conversión era voluntaria, los ingenuos paganos descubrían que habían aceptado un confinamiento sin escape. Y para agravar su situación, persuadidos por los astutos padres, los mismos indios construían los muros de su prisión, benévola pero efectiva. En resumen, el problema de la mano de obra se resolvía casi por sí mismo. Los conquistadores no eran muy exigentes y resultaba hasta divertido usar los extraños instrumentos de acero que habían llevado los hombres blancos... Si la misión era de piedra, como San Juan Capistrano, la tarea podía durar hasta quince años. Pero también se podía disponer del tiempo ampliamente en aquel país, y con los materiales y la mano de obra gratis, los costos de las construcciones eran insignificantes. Los constructores modernos encontrarían admirable semejante comodidad.

En la iglesia de la misión reconstruida y cambiada de sitio después de los temblores de 1812, se encuentran como detalles poco usuales, tres nichos destinados a enmarcar grandes espejos llevados desde México. En la sala de reliquias de Santa Bárbara puede verse todavía hoy un altar adornado con dos espejos. Aunque los registros de las misiones no tratan este punto, es probable que esos espejos sirvieran para que los padres, aunque estuvieran de frente al altar, vigilaran a sus feligreses.

Nellie Van de Grift Sánchez. *Spanish and Indian Placenames of California, their meaning and their romance.*

California es doblemente rica en materia de nombres, porque además de la nomenclatura india común a los demás Estados, tiene la espléndida



herencia de los valientes aventureros de Castilla que fueron los primeros en pisar nuestras costas. Por lo que se refiere a los indios, los nombres de lugares en su idioma es lo único que nos queda de esa infortunada raza, para mostrar que ellos fueron los originales propietarios de la tierra, y con tal carácter deben ser conservados. En estos nombres alienta y vive todavía nuestro romántico pasado, como un eco que viene desde lejos para recordarnos las épocas en que los salvajes construían sus chozas semejantes a colmenas en las orillas de los ríos y los caballeros españoles hacían resonar sus espuelas a lo largo del camino real.

Brea. Este nombre se ha conservado para el rancho (y después la calle y la zona de Los Ángeles) donde se encontraban los famosos depósitos de brea o alquitrán... Estos depósitos son un magnífico campo de estudio paleontológico, por los restos fósiles de animales que se han descubierto en ellos... Tienen además interés histórico, porque los primeros fundadores de Los Ángeles apreciaban la importancia práctica de la brea que tenían a su alcance y la usaban para reforzar y proteger los techos de sus casas. Y hasta los indios, a quienes generalmente se da muy poco crédito en materia de habilidad para artes y oficios, reconocían la utilidad de dicha sustancia y la usaban para calafatear sus canoas.

Temescal (baño de vapor). En Riverside Country; aunque no es un lugar de importancia en sí mismo, es interesante porque su nombre recuerda una de las curiosas costumbres de los nativos. La palabra es de origen azteca y fue llevada a California por los franciscanos. Otros lugares del Estado llevan el mismo nombre, entre otras una pequeña población situada entre Oakland y Berkeley. Sus habitantes, descontentos por el nombre que les pareció poco digno, lo cambiaron por el de Alden.

Suisún (bahía y pueblo). Nombre de una antigua aldea india. Esta región fue habitada por una importante tribu de indios, que tiene una interesante y trágica historia. El general Vallejo dice que en 1817 cruzó los estrechos de Carquinez una expedición militar, con el doble propósito de explorar el país y reducirlo al cristianismo. "Al cruzar el río fueron atacados por la tribu Suisún, encabezada por su jefe Malaca, y los españoles sufrieron grandes pérdidas; los indios pelearon con bravura, pero fueron obligados a retirarse a su ranchería, donde, al ser duramente perseguidos y creyendo que su destino era irremediable, incitados por su jefe, incendiaron sus propias cabañas de ramas y murieron entre las llamas con sus familias. Los soldados trataron de evitar esta desesperada resolución, para salvar a las mujeres y los niños, pero ellos prefirieron la muerte a lo que creían les esperaba en manos de sus enemigos." La tribu Suisún se extin-



guió completamente, en gran parte por una terrible epidemia de viruela. El doctor Vallejo afirma que esa tribu, a la cual describe como un pueblo de atractivas cualidades, era estimada por su padre en 40,000 personas cuando menos en 1835. Después de la gran epidemia que fue traída por los rusos, y que duró de 1837 a 1839, quedaron apenas unos 300 indios. Así es que la desaparición de los indios de California no fue causada solamente por las balas de los hombres blancos y por el aguardiente, ni por la destructiva influencia de un cambio en el modo de vida, ni por la pérdida de las cualidades adquiridas bajo la disciplina de la iglesia, sino por la rápida y temible introducción de las nefastas enfermedades de la civilización.